

Cuando miras el abismo, el abismo te mira a ti.

FRIEDRICH NIETZSCHE

Posiblemente existan pocos acontecimientos humanos tan universales como el lanzamiento de unos dados. A lo largo y ancho de todas las latitudes, a través de una generación tras otra, este acto milenario se ha repetido incansablemente, si bien, mediante una infinita variedad de objetos y formatos, con fines a veces opuestos, y bajo concepciones a simple vista inconmensurables. Pero esta expresión de diversidad, rasgo común de todo lo que atañe a asuntos humanos, no debería ser obstáculo para apreciar el hilo constante que, a través del tiempo, hilvana una experiencia con otra: la profunda expectación y la emoción contenida que esos objetos nos producen, durante el breve instante en que vuelan, ruedan, caen, se mezclan o reparten.

Alguien podría decir, no sin motivo, que esa capacidad para convocar nuestros miedos y esperanzas se deba a la inminente resolución de la incertidumbre que el uso de esos mismos objetos genera. El ser humano es un buscador de certezas, sean las que necesita de forma irremediable para ajustar el curso de su vida a las bondades o adversidades de la existencia, sean las que se entretiene buscando durante el recreo, durante ese excedente que interrumpe la urgencia económica y es origen del juego y la escuela. ¿Cómo no habría de ser entonces que esos dados que reparten obligaciones y prebendas produjeran en nosotros tal expectación ante su inminente resultado?

Pero, alguien también podría decir que lo que realmente nos atrae y seduce de este acto milenario no es tanto la expectativa de resolver la incertidumbre, como la incertidumbre misma. Cabría decir que, en ese momento extraordinario, de silencio y emoción contenida, somos conscientes, en algún grado, de asomarnos a un mundo donde la necesidad y la libertad quedan momentáneamente en suspenso. Quizás, lo que nos fas-

cina sea precisamente el hecho de contemplar, desde el borde del acantilado, el poder benéfico y destructor de una fuerza que se encuentra más allá de nuestra voluntad y predicción. Y asomados al abismo, sentir como el abismo nos devuelve la mirada.

No es extraño que la humanidad haya conferido propiedades mágicas y religiosas al azar. Y no es extraño tampoco que haya intentado interpretarlo, entenderlo o, en la feliz expresión de Jon Elster e Ian Hacking, domesticarlo. Dios y los dados es una metáfora persistente en la historia cultural de occidente. Uno de los momentos estelares de esta historia, en el que se combinan de forma majestuosa fascinación y voluntad de domesticación, remite a aquella frase de Einstein: «Dios no juega a los dados con el universo». La anécdota es conocida. Se trata del fragmento de una carta que Einstein envió a Max Born a comienzos del siglo pasado, en relación con los avances de la mecánica cuántica. Einstein no terminaba de dejarse convencer por la descripción probabilista que ésta realizaba de los fenómenos físicos. Bastantes años después, Stephen Hawking, quizás en tono de ironía y revancha, sostenía que: «Dios no solo juega a los dados con el universo, sino que los lanza dónde no podemos verlos».

Trescientos años antes de esta anécdota, Thomas Gataker, un presbítero calvinista inglés, también usó la metáfora de Dios y los dados en un tratado titulado *Of The Nature and Use of Lots: A Historical and Theological Treatise*, publicado por primera vez en 1619. Las condiciones históricas y los lenguajes disponibles en aquel entonces poco tenían que ver con las disquisiciones de la física relativista y de la mecánica cuántica. Gataker vivió en un momento histórico de enorme incertidumbre y de revolución política. Como pastor, su preocupación fundamental sobre el tema del azar y los sorteos era de índole moral y teológica. En qué medida podía utilizarse la aleatoriedad para resolver asuntos mundanos o para el puro recreo no eran entonces una cuestión baladí. Sin embargo, en su obra, encontramos elementos de gran interés relativos a asuntos que aún hoy día nos preocupan. Este estudio introductorio aspira rescatar alguno de ellos.

Pero este estudio no solo pretende situar y discutir una obra clásica, hasta el momento inexistente en lengua española. También pretende ser una reflexión sobre modos de hacer historia intelectual. Y pretende además hacerlo de una determinada manera. Quizás nunca sepamos si Dios juega a los dados con nosotros o no. Pero de lo que sí podemos estar seguros es que la realidad no se deja captar por un solo punto de vista. Toda teoría, toda representación, tiene puntos ciegos, y ninguna es capaz de captar de forma completa la complejidad de los acontecimientos humanos. Cuando la invención de la fotografía disputó su objeto a la pintura, el cubismo respondió de forma creativa, apostando por descomponer la

realidad en múltiples perspectivas, recomponiéndolas posteriormente de forma simultánea. Este estudio introductorio tiene algo de esa labor de composición. Tomando como objeto el tratado de Gataker, intentaré mostrar la forma en que diferentes tipos de historia intelectual entenderían el caso. Partiendo de la exposición de los argumentos fundamentales que Gataker despliega en *Of The Nature and Use of Lots*, pasaré a interpretar la obra desde un acontecimiento clave en la historia del pensamiento, como fue el surgimiento de la probabilidad y la teoría del azar. Tras un breve excurso sobre el sorteo como medio de selección de cargos públicos, me apoyaré en las aportaciones de Quentin Skinner para reconstruir el contexto de enunciación en el que Gataker se situaba, con el objetivo de revelar las intenciones que este despliega en el texto. Concluiré con un enfoque sociológico del problema, mostrando a través de la lectura que realiza Pierre Bourdieu de la sociología de la religión de Max Weber cómo, para entender las intenciones de Gataker, es necesario situarlo en las luchas por la legitimidad religiosa que se produjeron en un momento de profunda crisis de autoridad política y cultural. Al igual que podemos decir que un cuadro cubista es el resultado de varios cuadros, la historia que aquí se narra contiene varias historias. El lector es libre de decantarse por el relato que le parezca más sugerente y plausible. La verdad quizás esté en las grietas.

## INTRODUCCIÓN

### INTRODUCCIÓN A LA PRIMERA EDICIÓN

Al juicioso y honorable lector:

He estado renuente, conociendo mi propia debilidad, a publicar nada impreso, a pesar de que los que más me conocen me han presionado a menudo para que lo haga, hasta ahora no habían conseguido convencerme. Ahora se me impone una doble necesidad de hacer algo al respecto. Por una parte, por la insistencia de muchos amigos religiosos y cristianos juiciosos que, o bien han oído hablar de ello mientras participaban en mi ministerio público, o bien han oído rumores de otros; Y por otra, ha habido algunos que han solicitado ver alguna parte de esta humilde obra. Todos han seguido solicitando su publicación. También es en parte y más especialmente por la iniquidad de algunos otros, que siendo de juicio contrario en algunos de los detalles disputados aquí, y siendo intolerantes con cualquier cosa que parezca ir en contra de su juicio, se han adelantado más de lo debido con calumnias anticristianas y censuras poco caritativas para agraviar y difamar tanto a mí como a la obra.

De manera que, como dice Agustín, «su opinión privada es su norma pública y el modelo por el que todo hombre está obligado a moldear sus afectos». Me pareció que no había una manera mejor y más rápida de clarificar estas injustas e inmerecidas calumnias, que ofreciendo a la vista de todos lo que yo había pronunciado ante solo algunos pocos en un oscuro auditorio.

Así que, con esta obra, buen lector, tiene usted el mismo efecto y la misma esencia de lo que ahí se pronunció en ese entonces, ampliada solo con asuntos de historia y de la humanidad que no habrían sido apropiados para incordiar desde el púlpito, ni para agobiar al auditorio. Como no quiero pasar aquí más tiempo del necesario, el cómo me adentré en este debate y mis motivos para no hacerlo hasta ahora los dejo para el capítulo 9, §10, donde doy cuenta de ello.

Si alguien supone que obras de este tipo pueden alentar a tomarse demasiadas libertades (algo que necesita poco estímulo en esta época excesiva-

mente conflictiva), respondo brevemente. Es injusto que, por la soltura de algunos disolutos, se enrede y engatuse la conciencia de los que tienen una disposición piadosa. Además, si alguien debe tomarse más libertades de las que aquí me he tomado, debe estar seguro de mantenerse dentro de los límites de la piedad, la sobriedad, la equidad y la caridad. Más que esto, no sé qué se puede requerir. Cuando emprendí esta empresa, no tenía ningún propósito siniestro (y lo sostengo frente al rostro de Dios y en su temor). No he denunciado ni defendido nada en este libro, pero estoy realmente convencido de que es conforme a la palabra de Dios. Si algún hombre puede informarme mejor en este sentido, estaré muy dispuesto a escucharle. No he dejado de lado ningún recurso, ya sea por escrito o conversando con otros, así como, mis propias labores privadas, que me hiciera llegar más lejos en este asunto.

Sé que no puede haber más que muchos defectos en esta obra. ¿Qué obra está completamente libre de ellos? En la mía hay muchos, muchos más; demasiados que yo mismo veo y muchos más que estoy seguro que un ojo curioso pronto descubrirá. Cuando aparezca algún defecto, entonces, pido que se me muestre de forma cordial y amistosa (como ya lo han hecho algunas personas; con las que estoy en deuda y lo considero una bondad especial). También pido que se considere en primer lugar, si esos defectos son vitales y fundamentales y si tocan el corazón y la vida del asunto principal, o si son menores y por lo menos la estructura o los fundamentos se mantienen firmes. Recuerden también que me ocupo de un argumento que ha sido tratado de manera muy confusa por la mayoría y a menudo poco sólida por los más sobresalientes, como es evidente a la percepción de cualquier observador imparcial del presente discurso.

De usted (quienquiera que sea), solo deseo encontrar un lector imparcial, un polemista juicioso y un censurador caritativo. No desoigan ni condenen por prejuicio, lo que propongo, ni rechacen lo que pruebo por pensar que es inconcebible, o menosprecien lo que ofrezco con mi mano derecha. En la caridad, qué siga usted teniendo diversidad de juicios, incluso si no está satisfecho (algo que falta en esta época tan poco caritativa). La aceptación favorable de estos, mis primeros frutos pueden animar a un débil principiante a intentar después algo más que pruebe ser de mejor utilidad. Encomiendo tanto a usted como a los demás a Él, que es el autor de toda verdad, cuyo esclarecimiento ha sido mi principal objetivo en esta obra. Él otorga Su bendición, Su bendición del trabajo y es a través de ella que espero no resulte ser infructuoso.

Tuyo en Cristo

G T

## UN AVISO AL LECTOR SOBRE ESTA SEGUNDA EDICIÓN

«Nada», como decía Cicerón, «se empieza y se termina a la primera». Ni ninguna criatura está hecha desde que se le concibe por primera vez como lo está al nacer, ni al nacer se acerca al grado de crecimiento y fuerza que puede alcanzar en el proceso del tiempo. «Un día enseña a otro», como dice el *Salmo 19*, aunque en otro sentido. Y más luz del día es diariamente descubierta por el que persevera. En este sentido, no me avergüenzo de profesar que estoy en sintonía con los respetables patriarcas como *Agustín*, de quien se dice que «se beneficia de lo que escribe y escribe de lo que se beneficia». He recibido alguna oposición sobre algunos de los puntos discutidos en este tratado, lo que me hizo profundizar más en mi reflexión. Al revisar la obra, especialmente en el segundo capítulo, me he esforzado por aclarar algunas cosas y modificar otras. No considero como una mancha para mi primer libro, el hecho de que esta edición resulte algo mejor que la primera. En lo que a mí respecta, ahora veo las cosas con más claridad que antes y no he alterado nada de mi juicio para mejor. Siempre he considerado y consideraré un honor para un hombre reconocer su propio error, antes que descubrir los errores de otros.

Hay algunas cosas en las que todavía no puedo estar satisfecho, pero ni estas ni las anteriores ahora modificadas tienen tanto peso como para alterar la cuestión principal que ha sido objeto de tanta controversia, a saber: sobre el uso de un sorteo o de un acontecimiento fortuito para decidir cualquier asunto que no sea de peso (No todos los autores se ponen de acuerdo en su significado cuando mencionan «sorteo»). No he cambiado en absoluto mi juicio en este punto hasta ahora; más bien lo ratifico, porque veo que los que están principalmente en contra del caso, ahora han renunciado y abandonado completamente los únicos fundamentos en los que todos los argumentos centrales producidos por ellos y otros fueron establecidos anteriormente. Se equivocan cuando dicen: «En todo sorteo (o en todo suceso meramente fortuito) que se aplica para decidir cualquier diferencia, hay una extraordinaria e inmediata mano y providencia de Dios presentes». Si este argumento no es rechazado, o al menos deja de ser defendido, entonces tampoco puede explicarse esa referencia en *Proverbios 16:33*, en la que tanto insiste ese argumento. Tampoco es posible mantener la posición de la que erróneamente se deduce que: «Todos los sorteos son oráculos divinos, sentencias de Dios, obras de la providencia especial de Dios, etcétera, y que Dios mismo está presente como juez y da a conocer Su fallo a través de ellos de manera inmediata. O que al utilizar los sorteos se está apelando a Su juicio y Su sentencia». Dado que todo esto

es el soporte principal de los argumentos utilizados en contra del uso de los sorteos de esta manera, si la base sobre la que se sostienen falla, todo lo que plantean se viene abajo. Respecto a los nuevos argumentos que se han planteado desde entonces, en lugar de aquellos que han resultado débiles, son suficientemente discutidos en el apéndice al capítulo 4, aunque de manera breve por temor a sobrecargar este libro.

Y esto es todo por el momento.

Hasta pronto.